



## La víspera

Estamos prácticamente a tres días de las elecciones federales intermedias. Hemos hecho un esfuerzo enorme por motivar a los ciudadanos para que acudan a las urnas el próximo domingo. Como nunca los medios han cubierto las campañas y se han transmitido infinidad de "spots" y programas sobre el tema electoral. Los medios impresos se han ocupado con amplitud del proceso. Sin embargo, existe también el ánimo generalizado de que serán elecciones muy desairadas. La única certeza es la de que el gran triunfador será el abstencionismo; ojalá nos equivoquemos.

El País ha invertido amplios recursos económicos para los partidos, las campañas y para la jornada electoral. Son elecciones muy caras; más aún en el contexto de una ciudadanía crecientemente apática para acudir a sufragar. Cada voto emitido nos cuesta alrededor de 180 pesos. Comparado con otros países, por ejemplo con Brasil, la desproporción es notable: Allí cada voto le cuesta al Estado aproximadamente 20 pesos. Aun en sociedades muy participativas, como en el Distrito Federal, el cálculo es de 170 pesos. Cada ciudadano que decide no acudir a las urnas incrementa el voto emitido.

Nos tardamos décadas en construir nuestra democracia. No nos hemos puesto de acuerdo si iniciamos el largo periplo democratizador en 1968 o en 1977 o en 1988. Lo cierto es que costó mucho tiempo, esfuerzo y quedaron cientos de vidas en el camino. La paradoja es que ahora nos ganan las prisas. Queremos caminar a zancadas, quizás acicateados por tanta espera. A los partidos les exigimos que sean ya organizaciones maduras, con altos niveles de institucionalización, capaces de atraer a grandes masas de electores. Lo cierto es que de los 11 partidos con registro y que participan en esta competencia electoral, a lo sumo cuatro realmente tienen una presencia nacional y cuentan con la fuerza para mantener el 2% de los sufragios requeridos para no perder el registro. Tenemos un sistema de partidos de pluralismo moderado; la consolidación de un sistema moderno no está a la vuelta de la esquina y requiere de cambios profundos en nuestra cultura política, justamente los que demoran más tiempo en lograrse.

Nuestra democracia imberbe requiere un aparato electoral enorme y costoso. La creación del Instituto Federal Electoral en 1990 fue piedra angular para el tránsito democratizador. La desconfianza con la que eran conducidos los procesos electorales, exigió de un organismo autónomo y confiable. Nadie dudó de que se requería una gran inversión económica si deseábamos tener elecciones transparentes y confiables. Una vez concluido el actual proceso electoral, seguramente surgirán voces en el sentido de comenzar a redimensionar las estructuras del IFE. Máxime que se abre el proceso de sucesión de los actuales consejeros electorales, mismos que deberán ser suplidos por la nueva Legislatura federal. El costo del Consejo General se pondrá a debate. Más importante que los altos salarios de estos funcionarios (equivalentes a los de los magistrados del Poder Judicial), me parece la discusión sobre los compromisos asumidos. Al menos dos casos son dignos de resaltarse: Los de los ex consejeros Juan Molinar Horcasitas y Emilio Zebadúa. Fueron innegables sus inclinaciones partidarias; tanto que hoy lucen como flamantes candidatos a diputados federales por el PAN y el PRD, respectivamente. Ambos renunciaron a sus cargos en el IFE para ocupar puestos en el Gobierno: Molinar como subsecretario de Gobernación y Zebadúa como secretario general en el Gobierno de Chiapas. Y no es que los consejeros no pueden participar en política; sólo digo que deberían estar obligados a concluir con el periodo por el cual se comprometieron cuando fueron nombrados por el Congreso de la Unión. Se requiere una "ley antichapulín" para los mandos superiores del IFE.

El próximo lunes comenzará la cuenta regresiva para la sucesión presidencial. Ya están definidas en lo general las precandidaturas de los tres principales partidos; a éstas habrá que añadir algunas otras como la casi inevitable de Jorge G. Castañeda. La sucesión presidencial será uno de los momentos más difíciles para la consolidación de la democracia mexicana.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.